

México, Estados Unidos y el Factor Racial



LORENZO MEYER

«El Tratado de Libre Comercio equivale a la renuncia mexicana a la civilización de América Latina para incorporarse a la de Estados Unidos», asegura el profesor de Harvard Huntington

HOY SE SABE QUE EL PROPUESTO TRATADO de Libre Comercio (TLC) entre México, Estados Unidos y Canadá puede morir el 17 de noviembre en el Congreso de Washington. Es posible que cuando el lector tenga esta columna entre sus manos, la decisión haya sido ya tomada. Ello no obsta para ventilar algunas ideas. Así, los temores económicos que se expresan al norte del Río Bravo ante la posibilidad de integrar a una economía mexicana 26,5 veces más débil que la norteamericana, ¿no esconderán, en realidad, remanentes del viejo factor racial-cultural?

Ninguna de las fuerzas que en EE UU hoy se oponen al TLC o la migración indocumentada mexicana ha usado argumentos raciales. No. Las razones que dan se centran en argumentos políticamente correctos: a) la pérdida de empleos en favor de la mano de obra barata en México, aunque los salarios no son ya el costo principal de la mayor parte de los bienes norteamericanos; b) el traspaso de plantas contaminantes al otro lado de la frontera con México, pese a las seguridades en contra dadas por el Gobierno mexicano; c) la ausencia de un sistema democrático en México, hecho absolutamente cierto, pero que hasta hace poco se ignoraba en Estados Unidos pese a la evidencia (en México, en los últimos 164 años, ningún partido de oposición ha llegado y permanecido en el poder gracias al voto).

En el discurso contra el TLC en Estados Unidos, aparecen todo tipo de diferencias con México —económicas, demográficas, políticas o jurídicas— menos las raciales-culturales. Sin embargo, dada la centralidad histórica del tema en la sociedad norteamericana, es difícil suponer que este factor no esté influyendo el debate; lo que sucede es que está cubierto con el manto de la legitimidad económica, ecológica o política.

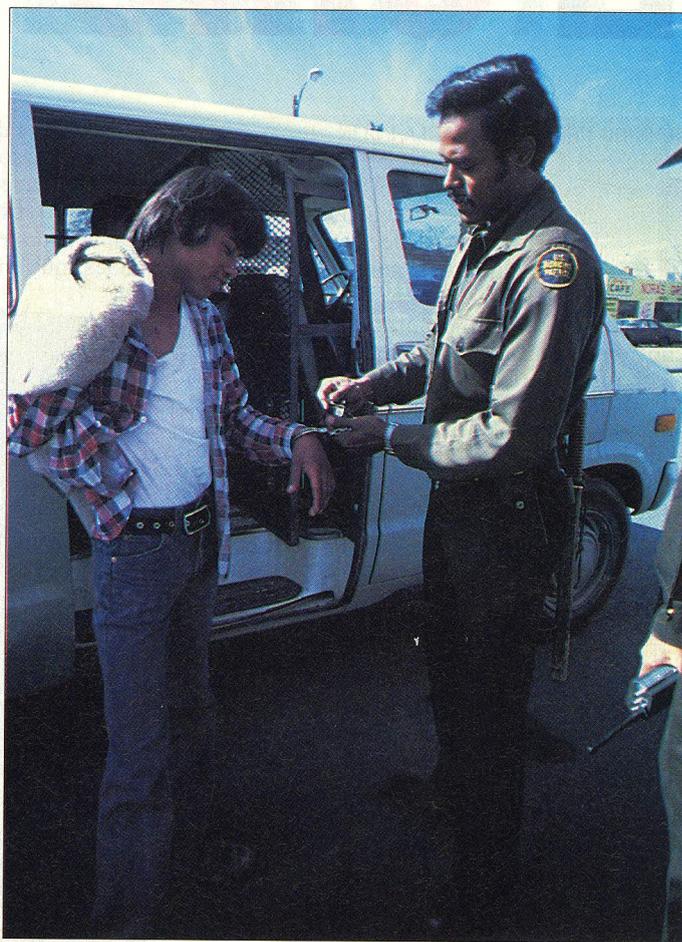
El TLC es más que un tratado de libre flujo de bienes, servicios y capitales. La asimetría entre las economías mexicana y norteamericana es tan enorme que el acuerdo significa la integración de México con su poderoso vecino. Un famoso profesor de la Universidad de Harvard, Samuel P. Huntington, lo ha dicho así: «El TLC equivale a la renuncia mexicana a la civilización latinoamericana para incorporarse a la norteamericana».

Pero, para que la supuesta integración ocurra, se requiere, entre otras

cosas, que una parte sustantiva de la sociedad de EE UU acepte a México como parte del «nosotros». Las experiencias histórica y actual nos dicen que difícilmente es ése el caso.

Tras la guerra de 1847, Estados Unidos pudo haber absorbido a un México que aún no era un verdadero país. Pero no lo hizo; sólo tomó territorios semivacíos. Una de las razones de esa moderación norteamericana fue el temor a la *contaminación* que podría producir la incorporación de una civilización inferior como la mexicana. La *Operación Bloqueo* que hoy tiene lugar en El Paso, Texas, contra la migración indocumentada mexicana tiene raíces similares.

El TLC nació por y como un acuerdo entre elites —la tecnocracia neoliberal mexicana y las corporaciones norteamericanas—, pero el ciudadano común al norte del Río Bravo no se entusiasmó con el proyecto; es difícil suponer que ahora acepte a los mexicanos como parte del «nosotros», cuando históricamente los ha visto como «los otros». ■



Emigrante mexicano. En EE UU cuesta aceptarlo como a un igual.

BLACK STAR